

La novela como lectura espiritual

Acostumbrado a ordenar el mundo según sus principios, el cristianismo no sabe muy bien cómo situarse en este nuevo orden laberíntico actual donde cada persona es un mundo que parece no poder complementarse nunca del todo con el de los demás y menos ajustarse a una plantilla predefinida. Ya no vivimos en una sociedad de criterios unánimes y vidas predefinidas. Y los cristianos empezamos a sentirnos otra vez extraños en el mundo, y no sabemos cómo reaccionar ante sentimientos, acciones, relaciones... que están ahí aunque no queramos o nos molesten.

Es necesario pues que Cristo salga del lenguaje eclesial para abarcarlo todo, lo mejor y lo peor del mundo, sus búsquedas y su fragmentariedad. Y que, en su nombre, la Iglesia lo haga con un diálogo paciente y acogedor, como lo hizo él. Para esto ya no son suficientes las prácticas devocionales que conocemos.

He aquí una práctica nueva que nos puede ayudar: leer novelas. Con ella, en primer lugar, nos damos tiempo para mirar despacio, para prestar atención al mundo tal y como es. Con ella entramos en un mundo desordenado, de seres que no están definidos por el orden de la fe, sino por una búsqueda a tientas. Vidas a medio camino, con sus grandezas, mediocridades y pecados... que nos obligan ver la verdad de la vida en estos tiempos que tanto nos cuesta aceptar, pues añoramos un orden bien definido donde sentirnos seguros.

La lectura de novelas nos invita a unirnos a la mirada de Dios que sobrevuela el mundo amándolo con todo lo que es y a pesar de todo. Nos invita a escuchar la vida de los otros tal y como es antes de juzgarla. Nos invita a pararnos y prestar atención (leer lo requiere) a los detalles y matices de las cosas, cuando *internet*, el *what's up*, la televisión y los supermercados nos mantienen en una velocidad que no sabe saborear la realidad.

Los hombres y mujeres de nuestro tiempo son casi siempre como la samaritana que busca sin saberlo y con la vida herida, y todos ellos están reflejados en las novelas. A través de ellos Dios mismo nos invita a amar a todos con él y como él los ama, y a buscar caminar con todos como él lo hace, aunque nos preguntemos (demasiado ingenuamente) de qué puede hablar Jesús con la samaritana y qué tiene ella que ver con nosotros y por qué tanto hablar sin pedir que se convierta.